



Año I.

Madrid 28 de Mayo de 1866.

N.º XXXV.

LA VERDADERA REVOLUCION.



onstantes en nuestro propósito de apoyar con nuestras débiles fuerzas cuanto puede influir en los adelantos de la juventud y cuanto se haga en beneficio de la familia, seríamos inconsecuentes, y no nos perdonaríamos nunca el descuido si dejásemos pasar indiferentes el pensamiento cuya realizacion se debe al celo y desinterés del Sr. D. Ramon Neira Montenegro, diputado á Cortes y protector de La Academia tipográfica.

Nos referimos al establecimiento de un colegio de 1.ª y 2.ª enseñanza agregado al Instituto provincial de Lugo bajo la advocacion de la Purísima Concepcion, y dirigido por el Sr. D. Cesáreo Gonzalez Llanos, persona notabilísima y eminente orador sagrado.

Con cuánto placer anunciaríamos nosotros todos los dias la instalacion de esos centros, en donde ha de crecer el principio del bienestar, arbol de benéfica sombra á que han de acogerse todas las instituciones que constituyen la felicidad de los pueblos!

El Sr. Neira, rico propietario de aquella capital, amante de los adelantos del país, y sobre todo de cuanto puede redundar en beneficio de la moral y de las costumbres por medio de la educacion, ha cedido gratuitamente, y por un plazo ilimitado, el magnífico edificio sito en el Barrio del Puen-

te de la Ciudad de Lugo, destinándolo al citado colegio.

Nada más laudable, ni que para nosotros tenga mayor importancia, que la fundacion de esos establecimientos, de los cuales deben esperarse grandes y ventajosísimos resultados.

Conocemos el programa de enseñanza que ha de regir en el colegio, cuyo meditado plan va precedido de unas observaciones generales acerca de la educacion, observaciones que creemos oportunísimas y acertadas.

Un dia y otro nos ocupamos nosotros hasta con pesada insistencia en la gravedad de los estudios sobre la educacion, y llamamos la atencion de los padres de familia acerca de tan notable asunto.

Si algo llegamos á conseguir en nuestra incansable perla, será gran satisfaccion para nosotros el haber luchado contra la indiferencia de muchos hombres, que tarde ó temprano habrán de reconocer que no hay trabajo mas honroso que el que tiene por objeto la moralidad, y como consecuencia el bien y el verdadero progreso.

Por lo mismo hoy que tenemos que examinar el plan de un nuevo colegio, nos sentimos enorgullecidos porque contamos con nuevos elementos para nuestra obra, con ardientes defensores de la bandera que hemos enarbolado con el beneplacito de los padres de familia y de todos los hombres que sienten en su alma el entusiasmo por el porvenir de la juventud, única esperanza para el dia de mañana.

Con cuánta razon ha dicho uno de nuestros primeros poetas populares, el conocido Ruiz Aguilera:

*Los niños son la esperanza
Mas bella de la nacion.*

Cuando se trata de que esa esperanza sea fecunda en bienes para la patria; cuando con nuevos gérmenes de ilustracion vienen los padres á coadyunar

á la grande obra, todos debemos alentarles, todos debemos acudir á realizar su empresa.

Desgraciado el hombre que responda con la sonrisa del desprecio al llamamiento que se hace á la juventud para guiarla por el buen sendero.....

Pero olvidémonos de los que así miran lo más grande y lo más digno, ese tesoro inapreciable que se llama educación y que forma con los dulces consejos de la madre y con el ejemplo, á los que han de ser esposos, padres, ciudadanos. Para los que solo sienten la indiferencia ante los grandes proyectos, no nos esforzamos nosotros; esos solo viven para hoy, sin volver los ojos al pasado y sin pensar en el porvenir; esos hombres se ven perdidos en el inmenso océano de la vida.

Dejemos, pues, á los que no son más que obstáculos para el bien, y ocupémonos en lo que hoy nos llama la ateneion.

El plan de enseñanza del establecimiento á que nos referimos no puede ser más claro ni más metódico. Explicado el objeto en el preámbulo con toda sencillez, el sistema está desarrollado en el programa con un orden admirable, sin olvidar las condiciones higiénicas del local, y el delicioso paisaje con que la naturaleza misma auxilia á los que se proponen contribuir al desarrollo físico é intelectual del niño. He aquí algunas de las bases del método y disciplina:

«Nuestro sistema de educación y enseñanza tendrá por objeto el desarrollo simultáneo y progresivo á la vez de los educandos en sus cuatro condiciones principales MORAL INTELECTUAL FÍSICA y CIVIL Ó URBANA.

«La educación moral abrazará la Religión y se encaminará á formar la conciencia de los deberes que ella nos impone: la intelectual se dirigirá á promover el desarrollo gradual del entendimiento, enseñando los conocimientos necesarios útiles y recreativos. Favorecer en su desarrollo el talento ó sea la capacidad mas pronunciada de cada joven y ayudar en su desenvolvimiento á la menos pronunciada, es en nuestro concepto el secreto de la dirección y educación de la juventud. La física tendrá por objeto el desenvolvimiento de las facultades físicas procurando por medio de ejercicios bien calculados la robustez y la agilidad de los alumnos para lo cual se dispondrá oportunamente un Circo ginnástico.

El objeto de la educación civil ó urbana no se limitará únicamente á la limpieza y cultura exterior sin afectación sin estudio; se procurará también que desde su menor edad se acostumbren los jóvenes á presentarse en público con cierta soltura de buen tono, pero modesta y comedida, cual cumple á todo joven bien educado.»

No se permitirán los castigos corporales. Estamos persuadidos de los eficaces resultados que han de conseguir los fundadores del establecimiento, y les felicitamos sinceramente como al señor Neira que ha manifestado sus nobles deseos, y ha ofrecido su apoyo á las mejoras en que consiste la verdadera revolución que nosotros queremos, la verdadera revolución á que aspiran todos los hombres sensatos que nos

auxilian con su ilustrado criterio y que cooperan á la construcción del grandioso edificio de la regeneración social.

La importancia del asunto que ha motivado el presente artículo nos obliga á dejar la continuación para otro, en el cual nos ocuparemos de los Ramos de enseñanza que ha de abrazar el colegio establecido en Lugo.

Escitamos á los padres de familia y á las personas influyentes de las respectivas localidades, para que en todas ellas se funden establecimientos de esta índole que alejando á la juventud en las grandes poblaciones, de los gérmenes de perversidad, y evitando los perniciosos efectos de una enseñanza mal dirigida descuidada y en desorden, serán el poderoso móvil de la ilustración y del adelantamiento en todas las esferas del saber humano.

E. Llofriu y Sagera.

CONSUELO.

Caminando vá Consuelo
Por una senda florida,
Con el placer en el alma
Y en los lábios la sonrisa.

Flores recoge á su paso
Por darles, sin duda, envidia,
Que son más bellas que todas
Las Flores de sus mejillas.

Púrase á veces, y al cielo
Radiante tiende la vista,
Que sabe que es muy dichosa
La que siempre al cielo mira.

Por el azul trasparente
Se mece su fantasía,
Contemplando el mundo hermoso
Que es la mansion de la dicha.

Su madre, en tiempos lejanos,
Cuando Consuelo era niña,
Entre llorosa y alegre
Muchas veces le decia:

No es de los justos el mundo
De la ventura, el que habitas;
La patria de los que buscan
La dicha eterna, está arriba.

Y el cielo le señalaba
La madre á su tierna hija;
Por eso constantemente
Consuelo á los cielos mira.

¿Dónde se fué aquel contento,
Dónde las dulces sonrisas,
Que en el alma y en los labios
Llevara Consuelo un día?

¿Dónde están las bellas galas
De aquella senda florida,
Por donde Consuelo un tiempo
Feliz caminar solía?

¡Ay! que ya al cielo no eleva
Con entusiasmo la vista,
Ni en el azul transparente
Se mece su fantasía!

Ora la débil cabeza
Cae sobre el cuello abatida,
Como la mística azucena
Que sobre el tallo se inclina.

Perdida, por los halagos
Del mundo, que no se cuida
De conservar la inocencia
De la juventud sencilla.

Consuelo en silencio vierte
Tristes lágrimas, perdidas
Las ilusiones del alma
Que acariciara de niña.

Jóvenes puras y bellas,
Nunca olvideis que en la vida
Solo es feliz, quien al cielo
Dirige siempre la vista.

J. Perez Echevarria

LA VIDA.

I.

¿Qué le queda al corazón, extinguidos los sueños vaporosos de la infancia? ¿Qué halla al volver los ojos atrás, buscando un refugio en los encantos de su pasada existencia? Una sucesión de cuadros fantásticos, iluminados por la tibia luz del recuerdo ó por el pálido relámpago de una ilusión, y después, si se ha perdido la fé, la soledad, las tinieblas, el vacío, la nada.

Así agobiado por la pesada carga de los años vá hundiéndose el hombre trabajosamente su planta en la arena de su oscuro camino, ansiando el momento en que, terminada su dura peregrinación en la vida pueda sentarse á descansar sobre el umbral de su tumba.

Los años, son crueles compañeros, que al viajar con nosotros, nos van robando insensiblemente cada hora un deseo, cada día una ilusión, cada año un afecto. Nuestra vejez es tumba cubierta de epitafios, donde el sol primaveral es impotente para hacer brotar una sola flor.

Nada hay más triste que esa promatura ancianidad que sorprende al hombre sin fé cuando empieza á verse sus sueños iluminados por los rayos de un porvenir sereno. Consumando el hecho, la desesperación, esa hija bastarda del infortunio, tiende los

brazos para abrazar la víctima; piérdese el pensamiento en las tinieblas de una noche eterna; los lazos de la amistad se rompen; el cariño, el amor desaparece, y solo, aislado el corazón, sin mano que le guíe, sin alma que le ampare, se halla en medio de la sociedad como una planta marchita en la inmensidad del desierto.

Mil veces más cruel que la vejez del cuerpo es la creada por el desengaño, amamantada por el dolor, cuya horrible amargura es suficiente para llenar de dolor al corazón. Hay un consuelo inefable en la última postración de la vida.

Lámpara oculta en desierto santuario, sus dulces reflejos se destacan con apacible tranquilidad sobre las densas nubes del porvenir, que vela una tumba; el presentimiento de la muerte es el aviso de Dios. ¡Dichoso el que, agobiado por los años, le abre sus puertas y le recibe en sus brazos como un padre amante y cariñoso!

Cuando el corazón se halla en esa edad en que la juventud sonríe, en que los puros rayos del primer crepúsculo inundan la vida de esperanza; en que los años semejan flores destinadas á embellecer los sueños de felicidad que oculta el porvenir, y de repente vá desplomarse sobre la fantasía, como nube preñada de fuego abrasador, la duda, el infortunio, ¿a quién volver los ojos? ¿Dónde hallar el refugio que reclama el alma y donde el seguro albergue que necesita su quebranto? ¿Dónde poner la planta sin que se hunda en el candente seno de la felicidad?

¡Oh, entonces es cuando el alma en su triste conmoción lanza esa postrera llamada que quema, aniquila y abrasa como la lava de oculto cráter que rompe sobre la vertiente de gigante cumbre, fuego formidable cuyas frías cenizas más tarde son arrastradas y esparcidas por el huracán de la postrera pasión. Las esperanzas, las ilusiones, los deseos vuelven á apoderarse del espíritu, y el gran dolor que sobre él pesaba desaparece, y no queda más entre su presente y su pasado que la misteriosa huella que marca en la arena la vacilante planta del viajero, extraviado en noche de tempestad. El hombre es un perpétuo naufrago asido siempre á la última esperanza; el día que la pierde es aquel en que vé nacer en su cabeza la primera cana y aparecer en su frente la primera arruga.

Queda, sin embargo, en el corazón la dulce esperanza divina que apaga la sed de la amargura y dulcifica con su virtud los tristes pesares de la vida.

Si el hombre, en el largo y espinoso camino de su existencia, pudiese alcanzar á penetrar la verdad de los ilusorios goces que nos ofrece este mundo, y compararlos con los que no tienen fin en el cielo, aquellos dejarían de sernos gratos al recuerdo de los que con tanto amor nos brinda la Providencia. Pero no; este análisis, oculto en el abismo de la ignorancia humana, nos deja á nuestro albedrío hasta el tenebroso instante de hallarnos ante la presencia del Justo. ¡Entonces, entonces es cuando todos nuestros placeres, nuestros encantos, se acaban, y ante ese tribunal sabio, llenos de pavor, de miedo, zozobra y agonía, esperamos el fallo terrible y perpétuo de nuestras culpas.

Dichosos mil veces los que alcanzan para siempre su vida en la eterna mansión de los cielos!

E. Caamaño y Cueto.

ANTAGONISMOS.

I.

—*Fé* se llamaba la mujer primera.
Que en el camino de la vida hallé;
Mujer sin corazón y sin creencias;
Y se llamaba *Fé*....
Yo, como un loco, la adoraba ciego,
Y ella inhumana se rió de mí.
La dejé, y, al perderla para siempre.
Para siempre también la *fé* perdí.

II.

—*Esperanza*, lectoras, se llamaba
De mis amores la mujer segunda;
Yo *esperanzas* pedía, y mi *Esperanza*
¡No me daba ninguna!
Cansado ya de suplicar en vano,
Tuve también, por fin, que abandonarla.
Y un continuo tormento fué mi vida,
Pues perdí para siempre la *esperanza*.

III.

—Encontré a *Caridad* más adelante;
La idolatré, la quise con pasión....
Y *Caridad*, lectoras, no me daba
Ni un *ochavo* de amor!
Ya no he vuelto á querer, si me enamoro
Mi vida, vida de dolor será:
Que en el juego de amor llevo perdidas
La *Esperanza*, la *Fé*, la *Caridad*.

Ricardo Sepúlveda.

INOCENCIA.

POR VALENTIN GOMEZ. (I)

Por este breve relato de la vida de Alberto puede el lector juzgar de su carácter, de lo que era este pobre joven de veintiún años, este niño soñador y amante por naturaleza, maleducado al principio, corregido después, y afanoso desde entonces por alcanzar una dicha que en la tierra no existe.

Creía que no amaba á su padre y, sin embargo, no era verdad absolutamente. Tibio, mas no escaso de amor, su corazón no se agitaba con la idea, por ejemplo, de una ausencia larga: idea que, refiriéndose á su madre, ponía á Alberto poco menos que á punto de desesperación en algunos momentos. El hubiera querido sentir lo mismo por uno que por otro, lo cual era imposible, por las razones ya indicadas en el anterior capítulo. Así que llegó á desconsolarse, é imaginó buscar medios que despertaran en su corazón ese sentimiento dormido, según él. Echóse en brazos de la *Fé*, y allí encontró que había algo más grande que el amor á su padre y que el amor á todo lo que tiene límite é indubitable fin.

De esto aun no se había dado cuenta; pero en el fondo de su alma existía ya este amor á lo eterno, este amor á Dios.

¿Qué era sino ese entusiasmo por defender la justicia hollada y la virtud oscurecida? ¿Qué sig-

nificaban aquellas vagas pulsaciones de su espíritu, cuando se absorbía en la contemplación de los cielos, del misterioso girar de los astros, del movimiento indeciso de las nubes, de la incommensurable extensión de los mares? ¿Qué resorte le movía cuando, al acostarse, doblaba sus rodillas ante una imagen del Crucificado, y exhalaba entre suspiros y lágrimas el perfume de la oración más sincera y más apasionada?

Alberto había estado en Roma, había penetrado en la gran Basilica con la antorcha de la *Fé* por delante, y salió con el fuego del amor en su pecho: la sangre de los mártires siempre hirviendo, enardecía la suya y la purificó. Desde entonces el mundo fué para Alberto la cárcel de su corazón y un deseo infinito, pero aún indeterminado, comenzó á subyugarle.

Tal era, pues, este amigo de Plácido, que debía pasar por la tierra como un meteoro, sin poner los pies en ella y llegar á su fin con la pureza y la virginidad en el alma.

En el momento en que le hemos conocido, más que un ser, Alberto era un deseo viviente, una idea sublime encarnada, una aspiración viva. Extinguida casi por completo la lucha que en años anteriores le había atormentado; entre los pesares que le abrumaban y la desesperación que le iba acechando como un asesino, para apoderarse de él y hundirlo en el abismo, el alma de Alberto comenzaba á aspirar el aroma de la resignación; se hallaba como el soldado después de la victoria, rendido de cansancio, bañado en sudor, jadeante y trémulo; pero con la seguridad indolente del que ya no tiene más enemigos que vencer.

Esperaba el día de la recompensa, y con razón le conceptuaba próximo cuando oía la voz de sus presentimientos.

Esto le había hecho fuerte contra el dolor.... Algunas veces, sin embargo, cuando recordaba á su madre sentía flaquear su fortaleza.

¡Siempre hay lazos que nos unen á esta miserable tierra!

Siempre hay objetos que arrebatan nuestro cariño, y de tal modo que nos cuesta un esfuerzo doloroso el separarnos de ellos. Es tan innato en nosotros el amor, y nos es tan necesaria su materialización, que nos atrae la cosa más insignificante.

Imaginad un hombre sin padres, ni parientes, ni amigos.... solo en el mundo, completamente solo. Corre á esconderse en el seno de la más apartada montaña con el santo fin de dedicarse á la contemplación y á la penitencia. Allí, con el pensamiento fijo en Dios, apenas dá á su cuerpo lo estrictamente indispensable para que no se descomponga. La materia no es nada; el espíritu lo es todo. Aquel hombre es el hombre ideal, el que más cerca se ha colocado de su Criador. La muerte para él es el medio de alcanzar su fin, es la puerta sagrada que se abre para penetrar en las regiones de la eterna dicha, tanto tiempo ansiada y con tantos afanes conseguida.... Pues bien: cuando la muerte llega, cuando es preciso separarse de aquellos lugares que durante años enteros han sido testigos del dolor más acerbo y del amor más profundo, el hombre ideal vuelve sus ojos un instante hacia el arroyo que apagó su sed, hacia el árbol que le prestó su sombra y se despidió de ellos con cierta melancólica dulzura, como de unos amigos fieles y constantes; y es que el hombre había depositado en aquel arroyo y en aquel árbol algunos quilates de su amor....

(I) Véase el número XXVII.

¿No sabéis que Silvio Pellico amó las arañas de su prisión?

Pues si un arroyo, un árbol, un insecto llegan á ser lazos que nos ligan al mundo, ¿cuánto más no ha de serlo una madre? ¿Cómo no habíade flaquear Alberto al pensar en la suya? ¿Cómo no verter una lágrima considerando que la muerte podía muy pronto separarle de ella?...

Al día siguiente de aquel en que tuvo lugar la conversacion anteriormente referida entre Plácido y Alberto, los piemonteses sitiadores de Gue-ta redoblaron sus esfuerzos contra la ciudad, de tal modo que el fuego no daba lugar ni espacio á los sitiados para pensar en defenderse con orden y sangre fría. Habíase además hablado ya de rendicion, y esto apagó algun tanto los bríos de la gente borbónica.

Fue el Norte de la ciudad rudamente atacado por los sitiadores, que como en tales casos sucede, allá se concentró la mayor fuerza del ejército sitiado. La compañía de que eran soldados Plácido y Alberto acudió la primera á defender el punto comprometido.

Los dos amigos iban juntos y animándose mutuamente: Plácido en especial se esforzaba por dar á Alberto las más completas seguridades de una próxima victoria.

Alberto miraba á su amigo y sonreía.

En aquella sonrisa no había un átomo de amargura ni decaimiento; era ya la sonrisa de la tranquilidad y de la esperanza.

Momentos antes de llegar al sitio del peligro, Alberto preguntó á Plácido:

—¿Hacia qué parte está España? Yo he perdido completamente la brújula.

—Hacia allá, contestó Plácido indicando un punto en que el mar se confundía con el cielo.

Alberto guardó silencio, y dirigió una mirada llena de ternura á aquel punto indicado por su amigo.

Quiso brotar una lágrima de sus ojos; pero antes de que se humedecieran sus párpados, Alberto gritó como quien trata de alejar un pensamiento triste:

—¡Al combate, Plácido, al combate! ¡Muramos como valientes!

Y se lanzó entre una lluvia de balas, seguido de Plácido y del resto de la compañía, que admiraba el ardimiento del joven español.

A los pocos instantes aquello era un infierno; los disparos continuos, el humo denso de la pólvora, los gritos de los combatientes, los ayes de los heridos: todo ello formaba un conjunto espantoso y verdaderamente infernal.

En medio de aquella confusion, los dos amigos apenas se reían. De repente Plácido oyó cerca de sí un quejido doloroso, y luego pronunciar su nombre como si le llamarán. Arrojó el fusil y acudió inmediatamente á quien llamaba.

Era Alberto que yacía en tierra con el pecho atravesado de un balazo.

Plácido dió un grito, y quiso apoderarse de su amigo para llevarlo al hospital de sangre: Alberto se opuso.

—Es inútil, dijo: mis presentimientos se han cumplido; yo debía morir, porque Dios es misericordioso y me llama á su seno. Muero hoy, el mismo día en que he comulgado y en que he sentido más que nunca tranquila mi alma, fortalecida mi

fé. Adios, mi amado Plácido: yo he sido una sombra que ha pasado por la tierra casi sin dejar huella. Dios me ha librado de los precipicios que me cercaban, ha iluminado mi espíritu, y hoy quiere que acabe esta lucha sostenida dentro de mí mismo y que tantos dolores me ha costado. ¡Dios es muy bueno!... Adios otra vez: cuando vuelvas á España, procura ver á mi madre y entrégale los pocos objetos que hallarás en mi maleta. Tendrá recuerdos míos.

También verás allí unas cartas que mi madre no tiene necesidad de conocer. Rásgalas. Se refieren á un pequeño detalle de mi vida, de que no te he hablado nunca por su insignificancia. Para quien como yo ha sufrido tanto, ciertas desazones, una vez pasadas, pierden todo el interés y toda la importancia que pudieran tener en su tiempo.

Plácido, amigo mio, déjame que estreche tu mano por última vez.... Acuérdate de mí en tus oraciones. y ojalá nos reunamos en el seno de Dios!...

Tales fueron sus últimas palabras.

(Se continuará)

LA CARIDAD.

*¡Ricos! en los banquetes abundosos
Si disfrutais placeres, dad al menos;
Si dais de lo sobrante sois piadosos,
Si de lo necesario, seréis buenos.*

JUAN AROLAS

Virtud, pura y hermosa,
Que el mal mitigas,
Consuelo de desgracias,
Pan de la vida.
¿Quién, di, no siente
De tu amor la dulzura
Con poseerte?
Amparo portentoso
Del desvalido,
De la orfandad refugio
Luz del cariño.
Báculo firme
Del infeliz anciano,
Del bien efigie.
Consuelo que las lágrimas
Feliz enjuga,
Flor virginal, que el tiempo
No seca nunca.
Seguro manto
Que cobija millares
De desgraciados.
Apoyo de desdichas,
Amiga tierna,
Del daño tú separas
Las existencias,
Que el desgraciado
Desesperado busca
Tolo lo malo.

¿No sabéis qué es el frío
De la miseria?
¿No sabéis que es la falta
De subsistencia?
Son pareceres
Que los comprende solo
El que los siente.
¿Conocéis los caprichos
De la fortuna?
Lo mismo nos levanta
Que nos derrumba.
Hoy veis á un rico;
Mañana la desgracia
Le hará mendigo.
Considerad al pobre
Cual vuestro hermano:
Si la fortuna ingrata
No le dá amparo,
De vuestro pecho
Salga una voz siquiera
Que dé consuelo.
Feliz aquel que puede
Prestar socorro,
Alivio dando al pobre
Menesteroso;
Tendrá su premio:
La CARIDAD al prójimo
Nos abre el cielo

Bernardo Fábregues.

LAS HORCAS CAUDINAS.

POR F. DE ZULUETA.

Echéense ustedes á nadar por todo Madrid, ahora especialmente que las bombas patrióticas (ó de riego) convierten las calles de la capital en cáuces navegables; échense ustedes á nadar en busca de un hombre, como Diógenes con su linterna ¡Si! Fácilito es el caso.

Barajé en mi pensamiento los nombres de todos mis amigos. Nada deduje.

Pregunté á cuantos encontré.—Hombre, ¿usted visita á doña S.... Nada adelanté.

Encargué, por último, que de unos en otros buscasen una persona que me presentara.—¡Trabajo inútil!

Desesperado de ver el éxito de mis esfuerzos, una tarde, cuando volvía mal humorado á ver á mi Mariquita me encontré con que después de mil dimes y diretes concluyó ella:

—¿Por qué no le presenta á usted Fulano?

VI.

¿Y dónde encuentro yo á Fulanito? Pequeñito es Madrid para dar en él con un prójimo á quien se le antoje no presentarse en público.

Y ahora que hecho la cuenta sobre el particular, hace ya tiempo que no he visto al tal Fulano. ¡Cosa más rara! Antes le encontraba en todas partes: en pascos, en el teatro, en misa, en el Ateneo, y ahora le ha dado sin duda por no ir á ninguna parte.

Buscándole anduve más de cuatro días, y aunque podía averiguar su domicilio, no era cosa de ir á su casa, pues no tenía con él gran confianza.

Se me ocurrió pasearle la calle, pero y ¿si estaba oculto por deudas y me tomaba por un acreedor?

Lo más natural para el asunto era hallarle casualmente en algún sitio público, y así, como quien no quiere la cosa, venir al cabo á hablar de mi negocio.

Acepté esta idea; cogí un plano de Madrid, lo dividí en cuatro partes, y me propuse recorrer toda la población cada cuatro días. Así estuve largo tiempo, como una peonza, dando vueltas: cada día iba á dos ó tres teatros, reuniones y pasros: andaba por unas sesenta calles, y leía todos los periódicos á ver si me daban noticias suyas.

Ocurrióseme luego alquilar un coche por un mes, y no dejarle estarse quieto un momento; pero no fué preciso llegar á este caso. Una mañana en que me había levantado algún tanto mal humorado me fui pasito á paso... ¿adonde dirán ustedes? Al Campo del Moro. Y allí no le encontré; pero andando andando, dí con él en la Casa del Campo. Venía el pobre enlutado de pies á cabeza. Se le había muerto su abuela en cuya compañía vivía, y no pensaba presentarse en público lo menos en veinte días.

No quise contarle el asunto que me llevaba á él, y le dejé recitando el papel de un drama que debía representar en un teatro casero el día mismo que se le murió la ochenta y seis señora.

Mi novia entonces me indicó otro de mis amigos, de quien hacía tiempo que yo no me acordaba.

Corrí á casa de él, y había mudado de domicilio. Por fin hubo quien me enterase de este, y ¡oh dolor! ¡oh nuevo contratiempo! Estaba postrado en cama con un reuma que había cogido á consecuencia de un chaparrón que se le vino encima hacía una semana, y en una tarde que salió á caballo bastante lejos.

Mi amigo, sin embargo, comprendió que yo no le había ido á ver por practicar una obra de caridad, ni por cumplir con el cariño y los deberes de la amistad. Se caló en seguida que yo llevaba otros fines en mi visita que el de informarme de por qué le había calado el agua, y á pesar de que no podía moverse, dió tantas vueltas al asunto, que tuve que confesarle la verdad.

Gracias á esto, me indicó otro amigo mío que frecuentaba la casa, y me vi ya con su indicación en camino de presentarme y ser presentado. En efecto: aquella misma noche vi al amigo en cuestión, y quedó aplazado el solemne acto oficial para dos días después.

Dos días después se resfrió la mamá de la niña, y se metió entre sabanas, dispuesta á sudar el quilo con cuatro tazas de flor de malva que tomó por precaución; pues corrían aquellos días por Madrid algunas pulmonías del peor gusto.

La mamá se levantó por fin, y la presentación se señaló para cuarenta y ocho horas después.

Mas dicho día, como diría un escribano, mi amigo, jefe en una empresa de ferro-carril, tuvo que acudir á remediar en lo posible los efectos de una inundación que había llevado los rails á unos montones de arena, como quien siembra hierro.

La expedición no fue larga, y á su vuelta quedó definitivamente señalado el instante solemne. A todo esto, mi novia y yo parodiábamos á ciertos gimnastas del jardín de Plantas de París.

El día en que debía acudir á la cita preparatoria para desde allí dirigirnos á la mansión de mi bella, me trajeron una papeleta de invitación á la conducción de un cadáver de un condiscípulo mío,

una esquila citándome á la lectura de un drama en el teatro del Principe y la notificación correspondiente para que fuera de hombre bueno al juicio de faltas del portero de mi casa que habia tirado la espuerta sobre un pollo que estaba haciendo cocos á una vecina. Renegué de haber estudiado, pues me venia á fastidiar un condiscipulomio, que habia tenido la ocurrencia de morirse en tal ocasion; maldije mi afición literaria, que me nombraba jurado de un exámen dramático, y me propuse ir á vivir en casa donde no hubiera porteria.

No fui á ninguno de los tres sitios en que era esperado, y me encogí de hombros cuando despues supe que la familia del condiscipulo tronó conmigo, que la empresa me recogia la franca entrada que tenia al teatro, y que el juez de paz me imponia una multa.

A la hora en punto acudí en un tres por ciento á casa de mi amigo el presentante. Este se estaba afeitando con tanta cachaza: me echó un sinnúmero de indirectas; me quemó la sangre más de cuatro veces; pero yo, aunque él se convirtiera en Padre Cobos, aunque me hubiera tostado más que á San Lorenzo le tostaron, no hubiera dicho *«esta boca es mía»* hasta que la mamá de mi novia me dijera: *«esta casa es muy suya.»*

Vistióse el amigo despacito, se arregló, se compuso y reparando en mí, que estaba hecho un figurin digno de figurar en un escaparate:

—Qué pollo que vienes, exclamó; cuando quieras....

—En marcha, dije yo, sin dejarle concluir la frase.

VII.

¡Qué de emociones no esperiménté hasta subir la escalera de la casa de mi adorada!

Cuando mi amigo asió el llamador de la campanilla, yo me comparé á Alejandro invadiendo el Asia con su pequeño ejército, á Cesar pasando el Rubicon, á Hernán Cortés quemando las naves.

Y hacia bien en comparar los hechos aquellos con el mio pues si decidieron en su tiempo de la suerte ó ventura de aquellos capitanes, mi hecho iba á decidir tambien de mi felicidad.

La campanilla sonó, moviendo con su repique-
teo mis alterados nervios.

—¿Quién?

—¿Están los Sres. de V.?

—No se si están: ¿quién le diré que es V.?

—El Sr....

—Voy á ver si han salido....

Cuatro minutos despues la puerta se abria solemnemente, y el otro y yo entrábamos sin darnos por entendidos de la sonrisita de la doncella y de la nariz de la cocinera, que asomaba por una puerta del pasillo, queriendo conocer á nuestras interesantes personas.

—La Señora viene al momento; el Señor ha salido, nos dijo levantando el portier de la sala la picaresca fámula.

Cualquiera otro en mi lugar se hubiera puesto á contar las sillas, mirarse en los espejos, enredar en las cómodas, ver la hora en el reloj de sobremesa ó abrir el piano. Yo me quedé como clavado en la primer silla que encontré á mano. Parecía un pretendiente en la antecala de un Ministro, un provinciano recomendado á un influyente perso-

nage: un elector que venia á informarse de la salud del diputado á quien votó! En cuanto apareció la señora, me levanté como impulsado por un resorte.

La señora á su vez, llegaba con toda la gravedad de quien vá á saludar por primera vez al novio de su hija, y esta avanzaba detrás con cierta timidez, parecida á la turbacion en que yo me encontraba, pues á su aspecto quedé más colorado que el traje de un cardenal.

Saludaron á mi amigo con cierta franqueza de buen tono, y á mí con una inclinacion de cabeza: entonces mi hombre, adelantándose con cierta actitud semi-cómica, pronunció las mágicas palabras que habian de abrirme las puertas de la amada mansion.

—Caballero, dijo la señora, la amistad que tenemos hace tanto tiempo con el Sr. X. nos proporciona el honor....

—Señora, el honor, quise yo balbucear; pero mi lengua se hizo un nudo, tartamudeé miré de soslayo á mi amada que tambien me miraba con el rabo del ojo, y no pude continuar.

La señora, viendo lo ridículo de mi posicion, me salió al camino continuando...nos proporciona el conocer á V. y puede V. desde luego contar con que su amistad con el Sr. X. la consideramos como nuestra.

—Señora, volví yo á tartamudear; pero mi amigo, con una charla sempiterna, empezó á hablar del tiempo, del paseo, de los teatros, de las reuniones, de las modas, y dió lugar á que yo me repusiera y tomara parte, aunque insignificante, en la conversacion.

Solo al cabo de diez minutos recobré la mitad de mi sangre fria pues recobrarla por completo era imposible: estaba ella allí, estaba yo á su lado, y la amaba.

Tampoco se hallaba ella muy serena; pero las mujeres en esos trances tienen mas espíritu que los hombres; su inventiva es mayor, y emplean todos los recursos de su coqueteria y de su ingenio:

Recuerdo que quien allá en el Paraíso puso en conocimiento á Adam con La Culebra, fué Eva; lo que prueba que la mujer por instinto es mas sociable que el hombre desde el principio del mundo: Julio César era muy sagaz, pero más sagaz que él fué Cleópatra.

Algunas veces me quedaba yo extasiado contemplando á mi bella: era tan feliz al poderla ver, tan bella, tan simpática, tan encantadora. En una de estas, un gato enorme saltó á mis rodillas. Yo me quedé parado, como estaba, y la señora saltó en seguida contra el animalito, que huyó despues de haberme clavado un momento sus uñas.

Ella quiso darme entonces alguna disculpa y ante su amabilidad recobré todo mi aplomo. Era de verme entonces: eran de oirme las disertaciones morales, las observaciones del mundo que yo intercalaba en la conversacion general. Disentimos algo; ese ha sido siempre mi fuerte, y mi novia parecia satisfecha de mi desparpajo.

No hablamos de política. Lejos de nosotros la revuelta contienda del equilibrio de los poderes. Yo siempre he mirado la controversia periodística como música celestial y las luchas parlamentarias como la Bolsa de las credenciales cuyo papel sube y baja en razon de las leyes económicas de la oferta y el pedido.

(Se continuará.)

REVISTA DE MADRID.

Mayo (que se vá.—La religion.—La Virgen y las Flores.—Teatros.—El Circo.—El Principe.—Real y Rossini.—Circos Ecuestres.—El Principe Alfonso.—Un adios al mes de Mayo.—Premios.

Mayo se escapa con la velocidad del pensamiento, dejándonos como recuerdo el dulce aroma de las flores y el suspiro de las auras bien hechas que vienen como emanadas del cielo, trayendo entre sus transparentes alas las armonías de la creación.

El mes consagrado á la Virgen María, á la Reina de los Angeles, pasa entre nosotros como un ensueño purísimo, como una ilusión candorosa. Es un suspiro de la Primavera, un rayo de esperanza para las flores, un panorama delicioso para vosotras, candidas doncellas, cuya alma es un eterno Mayo de amor y de dulzuras inefables.

Mayo se vá, desaparece para volver á renacer, como se pierde en el mar una ola para volver luego á acariciar la playa...

La Religion, esa eterna primavera de los corazones puros, dedica en Mayo sus ofrendas mas gratas á María, á la aurora de los cristianos, al faro salvador que brilla en las tempestades de la vida.

Bendigamos á Mayo, y al recibir nosotros su apacible aliento, recordemos la angelical sonrisa de la Virgen, que calma las amarguras del corazón...

¡Qué tierna es la idea que nos ofrecen unidos el recuerdo de la Virgen y las flores de Mayo!

Nuestra Religion es toda poesía, toda belleza, toda amor y celestes armonías.

Ofrecimos en nuestra última revista dar cuenta á nuestros lectores en la presente del éxito que ya habia obtenido la comedia nueva *El soplo del diablo y cuestion de temperamento*, puestas en escena ambas en la noche del sábado 5 del corriente en el Teatro del Circo á beneficio del simpático actor Mario. La comedia original del señor Mozo de Rosales agradó bastante por su argumento y mantuvo, gracias á este y á las situaciones en que abunda, el interés del público, que es cuanto puede desear un autor dramático.

La pieza del señor del Castillo ha llenado medianamente su objeto, y se ha seguido representando en dicho teatro varias y consecutivas noches.

En este afortunado coliseo se ha puesto tambien algunas veces en escena la magnífica comedia *La paja en el ojo ajeno*, de cuya obra se ha ocupado ya nuestro particular compañero y amigo señor Mondejar, y la linda piececita *Receta contra las suegras*, la cual como siempre ha agradado mucho á los espectadores.

Debemos rogar al señor Catalina que encargue á los dependientes de su teatro sean un poco mas amables con el público que asiste á este coliseo. Hay un dependiente de esos que no gastan uniforme, que francamente es muy poco cortés. Algo

pudiéramos decir tambien de la contaduría de aquel teatro; pero mejor es callar, que al buen callar llaman Sancho.

En el Principe se ha estrenado una comedia nueva, titulada *Bienaventurados los que lloran* original del señor Larra. Los que respetamos á este hombre, que ha llegado á ser eminente como autor dramático; los que con nosotros admiran el talento del autor de la *Oración de la tarde* y *En brazos de la muerte*, comprenderán fácilmente la importancia que tiene la obra que nos ocupa.

El argumento es interesante, y está desarrollado con verdadero conocimiento del arte.

Dos teatros han concluido por donde debieron empezar, como dice muy bien un apreciable revistero.

Estos son el Real y el Principe.

El Circo del Principe Alfonso, que, como es sabido, el día 5 del corriente ha empezado sus funciones ecuestres, sigue dándolas con grandes aplausos por parte del público, que llena sus localidades.

El sábado abrió por fin sus puertas el elegante teatro Rossini. En nuestra próxima revista diremos algunas palabras sobre él, y ofrecemos desde ahora á nuestros amables lectores dedicar en todas nuestras revistas unos cuantos renglones á aquel lindísimo templo del arte.

Nuestro distinguido compañero el señor Alcalde de Valladares está de enhorabuena. He aquí lo que dice de él el diario *«La Patria»*: «En los juegos florales celebrados últimamente en Córdoba han sido agraciadas con el primer premio, consistente en un pensamiento de oro y diamantes, las composiciones poéticas del modesto y laborioso escritor cordobés don Antonio Alcalde Valladares. Felicítamos á nuestro querido amigo y le deseamos la prosperidad que merece su talento y su constancia en el trabajo.»

Manuel Fernandez Vazquez.

VARIEDADES.

Tenemos á la vista un precioso libro de poesías titulado *La lira del Guadalete*, de nuestro querido amigo el joven escritor don Manuel Maria Fernandez y Gonzalez. Esta coleccion de trabajos literarios va precedida de un concienzudo prólogo del aventajado jurisconsulto señor Alvarez Ossorio. Nos ocuparemos detenidamente en examinar las bellezas de *La lira del Guadalete* y en formular nuestro humilde juicio acerca de esta publicación.

Para que alterne la publicacion de LA PERFECTA CASADA que regalamos á nuestros suscritores, con otra obra recreativa, comenzaremos á dar á luz en breve la leyenda de costumbres contemporáneas titulada *Martirio y Resignacion* original del señor Llofriu y Sagrera.

EDITOR RESPONSABLE.—D. Toribio Ruiz.

Imp. de la Academia Tipográfica

DIRIJIDA POR LA SEÑORITA JAVIERA MORALES,
Legantitos 47, bajo, y San Marcial 1